

Si se ha pasado uno el día escribiendo y por la tarde enciende las dos lámparas que tiene en su cuartucho y sale al angosto balcón del hotel y se inclina tanto como le resulta posible hacia la calle y el cielo, en ese caso un ojo distante vislumbraría que aquí se está celebrando una fiesta. Y que han venido invitados. Sobre todo, si hay vasos encima de la mesa.

Pero ¿dónde está la gente? Bueno, está a mi izquierda. Y a mi derecha. Están sentados todos de tal forma que no se los ve por la ventana, el ojo no alcanza a verlos...

* * *

LA NIEVE

Susurra la mañana. Y nieva. A través de los párpados entrecerrados, sin gafas, con su miopía en la solitaria cama del hotel, atento y ansioso: la nieve.

De pronto le vienen a la mente sus dos mujeres. Junto a una, el joven aquel de veintidós años solía mirar por la ventana entre lánguidos y exuberantes besos. Como la dama, que era también lánguida y exuberante. Mirábamos los dos la nieve. Su perfume, un disco otoñal, muy triste todo. Con la otra, tres cuartos de lo mismo, atrapando los copos de nieve en la ventana, con el pelo, con los labios. ¡Qué feliz era entonces!

Movimiento errático. En lugar de entregarse, diccionario en mano, a la lectura de algún sesudo libro americano que logre alimentar su autoestima, lleva una hora pegado a la ventana, recordando lo que aprendió en el instituto. ¿A qué altura circulan las nubes? ¿Depende del viento, acaso? ¿Circulan igual sobre el Atlántico? ¿Se derretirían en el agua? Qué vacío. Pobres peces. Qué frío. Pobres muertos bajo tierra. ¡Brrr! Se cubre, asustado, el brazo. No permita Dios que muera en invierno. Nieva. Y seguirá nevando todo el día, seguro.

No tiene uno a dónde ir. No tiene padres que lo esperen. No tiene amigos que lo esperen. No hay amado ni amada que lo espere. No lo espera el trabajo, no tiene trabajo, él mismo se ha convertido

en su único trabajo. Nadie lo espera para tomar un trago; ha dejado de beber. Qué amargura. ¿Para qué levantarse de la cama?

Lo curioso es que brota también desde el suelo.

Se tapa los ojos con el flequillo y se balancea casi sin moverse. Se acaricia la verga ociosa por encima del pantalón.

Hubo otra, no muy agraciada. La llamaba a cualquier hora de la noche y corría a su casa. Me abalanzaba sobre ella antes de cruzar el umbral. Bebía los vientos por mí. Me pidió que nos viéramos por el día. Dijo que me quería. A partir de ahí se fue todo a la mierda. Por las mañanas, Yves Montand cantaba lentamente en el cuartucho americano forrado con obras de Beardsley. De noche era mucho mejor. Sin desvestirse, con el abrigo puesto, en el suelo.

Strawberry jam, un dólar con setenta y nueve centavos. Cada mañana. Mi tostada con mantequilla y mermelada. Es grato el olor del pan tostado. Pero ¿qué necesidad tengo yo de todo esto? Yo, Eduard Veniamínovich, hijo de Veniamín Ivánovich, nacido en 1943, bautizado por el rito ortodoxo.

Tomo un cuchillo y me quedo observándolo. Algunos días me tiro horas acariciando la hoja y, si hay

unos tragos de por medio, termino besándolo. Quién sabe lo que quiero, a qué o a quién rezo. A veces prendo una vela y le pido su amor al ardiente Jesús. Le suplico a ese Jesús imberbe: ¡dame, dame tu amor!

Aunque... no sé decir ninguna oración como Dios manda y, en general, no sé mucho de ese tipo de cosas.

Hubo otra chica. Era la hija de un famoso. Y me gustaba. Por primera vez en mucho tiempo, sucedió que me gustaba. Supe que estaba enamorado porque me volví completamente imbécil. Le llevaba quince años, tuvimos cuatro citas y dos besos. Qué números tan mezquinos. El teléfono era un ogro. Los padres, un obstáculo. Y ella no puso mucho interés. Nuestros mundos giraban a distintas velocidades. A su edad, las cosas ocurren con cuentagotas, como en un sueño; a la mía, la velocidad es enloquecedora. No hay quien entienda lo de esa chica. Ni siquiera cortamos, aquello se perdió simplemente entre los cables de cobre, rodó hasta un hoyo, hasta una pequeña zanja, hasta un badén, y allí se quedó. Aquello. Lo que fuera.

La nieve no es tan espesa. Los copos caen ahora más espaciadamente y han mudado de forma. La débil luz del cuarto y las dos manchas de mi lentilla

izquierda me tienen inmerso en unas tinieblas egipcias, una luz de lazareto, a mitad de camino hacia el más allá.

Llevo una blusa china de seda color lila. La encontré tirada en un portal. Ni siquiera tuve que lavarla, estaba limpia. Ignoro si se la dejó un borracho o fue arrojada allí por algún señorito, solo sé que me cae como un guante. Me vuelve loco. Además, es seda. Me encanta la seda.

Hubo un chico. Bailaba... Un joven bondadoso, dispuesto a entregarse completamente. Me llevaba unos cinco o seis años. Una noche me quedé en su casa. Cariñoso pero muy peludo, demasiado. Además, espero que sepan disculparme, la tenía muy grande. Me dijo: «Me he corrido dentro». Que te has corrido. ¿Y qué? Por la mañana, me regaló unos gemelos. De oro. Me entristeció. La tristeza me gusta. ¿Que por qué no me quedé con él (porque no me quedé, la verdad sea dicha)? El caso es que la vida apacible no me gusta. Y con él todo lo que me esperaba era una vida apacible. Lo bueno me ahuyenta.

Puede que me coma un bombón. Precisamente ayer compré una caja de bombones rusos en la Primera Avenida. Conmigo mismo no habría tenido

un detalle semejante, claro, pero es que me encontré con una chica, hija de alcohólico y de asesina, a quien le gustan los bombones. Los compré para ella. En lugar de por su nombre americano, yo la llamo Niushka. Dice que, en una vida anterior, fue hetaira sagrada, en Grecia. En otra, fue gata. Se marchó a Orleans, solo tuvimos un par de encuentros. Soñaba mucho. En el último sueño suyo que recuerdo la violaban siete maromos. Guapa chica.

Hubo otra, veinticuatro horas estuvimos juntos. Diminuta. Apenas si cabía en su cuerpo. Me arrastró hasta la cama, en fin, fue cosa de risa, se salió con la suya. Se creció, mi dulce veinteañera de blancas tetitas. Fuimos a Johnny Day's, un bistró del Village, bebimos vino. Te quiero, dijo, luz de mi vida, mi único amor. Volvimos derechos al catre. Y le quedaban dos horas justas para subirse al avión. Porque se iba. Pegados como dos fierecillas, a duras penas conseguimos separarnos. Le mandé una carta. Esta tranca mía, le escribí, echa de menos ese agujerito tuyo. Y contestó. Qué cosas tiene la vida.

Mi debilidad por el color blanco. Poseo cuatro pantalones blancos y siento que no son bastantes. Visto pantalón blanco también en invierno. Una

noche de lluvia, en el inmundo Uptown Broadway, un intelectual ruso algo bebido se dirigió a mí, visiblemente fascinado, en estos términos: «¡Eres un rayo de sol en este reino de tinieblas! ¡La mierda prolifera por todas partes, pero tú te abres paso con tus pantalones blancos ante el pasmo de todos. Bien hecho». Vamos, que me hizo un cumplido.

La nieve apenas se percibe ya. Se ha hecho menuda, vuela en horizontal. Pasado mañana es mi cumpleaños. El día en que nací. Lo pasaré a solas, componiendo algo enrevesado, engullendo carne y vino. Después caminaré hasta la Octava y elegiré alguna puta. Mejor, barata. Blanca, probablemente. Que sea bonita, y algo hortera, si es posible.

La nieve ha cesado. Mi cama, aunque la mantengo ordenada, tiene un defecto, una falta que se intuye a distancia. Me doy cuenta cuando la miro desde otro ángulo, pero me resulta imposible explicarlo.

Empieza a tronar. El mundo es a ratos luz, a ratos tinieblas.

Si sale uno del hotel sobre la una y se encamina hacia el downtown, no importa por qué avenida, irá

constantemente sumergido en el sol. Y no pasará frío, ni siquiera en febrero.

Hay ocasiones en que percibo una angustia infinita en los ojos de la gente rica. O muy rica, incluso. Sobre todo, en los ojos de las mujeres. Son educadas, cumplidoras, nunca argumentan nada, no discuten. Y de repente me entran ganas de abrazar a esa anciana acartonada, esa belleza de otro tiempo, de apoyar su cabeza cana en mi pecho y acariciar su cabello corto y nevado, repitiéndole:

—Tranquila, chiquilla mía. No llores. Ya pasó.

»¡Ya pasó, qué le vamos a hacer! Tranquila.

»¡Chiquilla mía!

a A. M.

Recuerdo nombres.

Dos en especial, Manfred y Siegfried.

No sé de dónde habrán salido, pero llevo esos nombres dentro de mí.

Manfred está sentado en la orilla. Siegfried se está bañando en el lago.

—Son bonitos esos nenúfares blancos —dice Manfred.

—¡No sé en qué dirección nadar! —grita ahora Siegfried.

—¡Ven hacia mi voz! —grita Manfred.

Siegfried sale del agua. Manfred lo tapa con un manto y lo seca.

Mientras lo seca, lo besa.

Descendiendo a besos por la purísima piel de Siegfried, encuentra algo en mitad de su camino hacia el suelo. Los labios se detienen allí.

La música del bosque acompaña ese encuentro tan prolongado.

E importa poco cómo se vestirán después, con qué ropajes.

Y que les espere un carruaje o que suban a un automóvil.

Me encanta el cielo de la tarde. De la cada vez más exigua tarde de verano.

La quieta añoranza de mi propia juventud extraviada.
Y de repente le quiero, a usted, mi cordial amigo.
Amigo mío, pálido y florido bailarín.

Los huertecillos del bajo East Side. Nabos y zanahorias.

En Harlem, los ajos han florecido.

En la Quinta Avenida, los frutos de un árbol de basura caen al suelo.

El viento sacude los dorados y pantanosos sotos de bambú del West Village.

Canturrean los pájaros mientras vuelan las libélulas.

Mister Smith y mister Johnson caminan por la cenagosa orilla izquierda de Broadway con botas de goma para cazar. De cuando en cuando, Smith blande la escopeta y dispara a los patos que despegan de entre el bosque.

El único vado de Broadway, que todavía conserva la placa «West 49 ST», es el sitio más animado de

toda la localidad. Las ruinas del litoral son utilizadas para el trueque de la caza por azúcar y café, y el de pieles por pescado y huesos; hay también un mercadillo de ropa, de la que siempre hay escasez.

Abril. Se está muy a gusto. Sopla un vientecito. Uno puede por fin entrar en calor. Los pobladores de las ruinas de la Gran Ciudad toman el sol, rascándose aquí y allá...

La «guerra civil»... ¿Le gusta esa expresión? A mí me encanta.

EL GRAN DESCUBRIMIENTO

Soy un fanático de la locura. Mi vida entera es la prueba. No cultivo la lógica, sino el placer. Disfruto con mis más morbosas sensaciones.

Y, cuando debo torturar a otro ser humano, salgo en mitad de la noche y busco una víctima.

He probado unas cuantas cosas y me han hecho feliz.

Hoy he encontrado un dólar en la calle. Y he comprado un ramo de tulipanes.

Anteayer agredí a mi mujer con un cuchillo. Al final solo se llevó un susto, nada más.

Estoy atado a esa mujer por un lazo místico. A simple vista, nuestra relación es muy sencilla: hace un año me abandonó. Pero ¿qué puede saber de nosotros la gente?

Hay cosas que nunca están a la vista.

Entre nosotros dos, uno es la víctima y el otro el verdugo. De cuando en cuando intercambiamos los papeles. Ni los más sagaces podrían distinguirlos. Solo el diablo sería capaz de resolver el asunto. Porque es él quien lo ha orquestado todo.

A simple vista, diríamos, no somos más que «ella» y «un tal Limónov». Pero, créanme, es un poco más complicado que todo eso.

A veces salgo a pasear con el cuello del abrigo de piel bien alzado. Los peatones no ven en los escaparates más que simples botines y sombreros. Para mí, hace tiempo que dejaron de ser botines y sombreros: son símbolos, señales implacables y enigmáticas que me sermonean, que me amenazan, de las que a menudo he tenido que huir como si en verdad me

hostigaran. Lo hacen, de hecho. Sobre todo, las botas negras hasta la rodilla de la calle Cuarenta y cinco, que me producen un terror físico. Llevan consigo su propia melodía y saben sonreír y huelen.

Hay muchas cosas que me gustan en este pueblo en el que vivo ahora. Para empezar, que Nueva York es bastante grande. Y su basura, la basura más hermosa del mundo. Tengo un conocido que intenta pintar la basura, pero de momento la cosa se le da bastante mal. Pinta bien, quiero decir, lo hace con maestría, pero la basura no se pinta así. La basura se pinta como se pintan las flores. Conocí a un pintor —era esquizofrénico— y, ¡madre mía!, como pintaba las flores. Era amigo mío y a veces se echaba a dormir bajo el piano. La verdad es que han pasado tantos años que ya me duele la cabeza.

No crean que desprecio las diversiones humildes.

Sin ir más lejos, estoy esperando la primavera. No digo que la primavera sea algo bueno; la espero como quien espera la podredumbre, y la podredumbre me agrada. Finalmente, todo lo que se ha congestionado a lo largo del invierno se quebrará, se agrietará y hará brotar el pus, las caras se tornarán elocuentes y el pueblo se convertirá en un hervidero de carne

en movimiento; y es que la carne emite olores y es propensa al azaroso movimiento browniano, o eso fue lo que me enseñaron en el instituto, en las mal iluminadas aulas de química y de física, todos aquellos sabios profesores judíos que agitaban matraces y retortas en sus manos.

Nunca fui cruel. No prendía fuego a perros ni a gatos, no los mutilaba, nunca les corté las patas ni las colas, no cazaba ratas ni pájaros. Vagaba sin rumbo por campos y bosques sin buscar nada. Torturar a los animales y a las plantas no me proporcionaba ningún placer. Y todavía me era desconocido el placer de torturar a seres humanos.

Hice el Gran Descubrimiento pocos días antes de cumplir treinta y tres años. Era el más fabuloso período de mi vida, un tiempo de pujanza. La mujer que amaba, entre carcajadas diabólicas, me había abandonado. Yo sentía que levitaba, sufriendo día y noche, mortificado por raptos de histeria y de diabólica masturbación. Tragaba mi propio semen alternándolo con sorbos de vino: era mi ambrosía, mi néctar divino. Fue entonces cuando el aburrimiento desapareció de mi vida, y todo se convirtió en una fiesta.

Hice el Gran Descubrimiento mientras estrangulaba a mi mujer. Es decir, al soltarla, a un pelo de estrangularla. La miré, tan descarada hacía un minuto, tan orgullosa de sus andanzas de hembra, de la cantidad y de la calidad de los miembros viriles que la habían penetrado. La miré... y estaba... Nunca olvidaré aquel instante. Solo por ver aquello merece la pena vivir. SE PUSO A MUGIR. Tenía la bata desabrochada, los leves senos de algodón se erizaban hueros hacia los costados, y un pliegue repulsivo atravesaba su elegante abdomen. Quería vivir. Ya podía ordenarle: bésame los pies, cómete mis excrementos, lámeme; cumpliría con todo sin rechistar. Toqué sus pechos desnudos con una extraña sonrisa —ni yo mismo acababa de comprender todo aquello, aunque tampoco había mucho que comprender—, sentí que el placer me ahogaba. «Te la meto y después te suelto», dije, pero ya no me hacía falta metérsela. En ese momento me corrí —un chorro dentro del pantalón— e instintivamente me froté la espalda contra el respaldo del absurdo banco de madera en el que la modesta pareja que hacíamos se sentaba como si fuera un sofá. Entonces me di cuenta de que AMO LA VIOLENCIA. Y me sentí perfectamente

tranquilo. Y todas las ansiedades del mundo envueltas en nubecillas de gasa salieron volando hacia el oscuro cielo transcendental.

Fue así como llegué al Gran Descubrimiento. La gente no es otra cosa que carne achacosa y gemebunda. Apriétala con toda tu fuerza y verás cómo mugen y lloran los que antes filosofaban, los que hacían negocios, los fundadores, los que eran miembros y tenían autoridad. Y esas fulanas y menganas que tanto amaban a sus perenganos mugirán y llorarán. Y SUPLICARÁN...

Mi descubrimiento y yo vivimos juntos. Nos llevamos bien. No soy cruel en absoluto, y hay quien me tiene por un buen tipo. Pero, por la razón que sea, me es indiferente viajar y el dinero no me importa. Mi pasión es otra. No puedo resistirme al placer de ver mugir a un ser humano, sobre todo si se trata de seres con quienes tengo trato sexual. Tengo unas ganas enormes de volverlo a ver. Ya saben, aquel orgasmo me marcó y busco repetirlo.

Por supuesto, respeto la ley. No estoy dispuesto a arriesgarme tontamente. El castigo en sí mismo no me da miedo, pero temo que pueda privarme de eventuales nuevos placeres.